

LA ONDINA DEL PLATA

PUBLICACION LITERARIA

DIRECCION Y ADMINISTRACION {
En su Imp.—Santiago del Estero 176. }

DIRIGIDA POR
LUIS TELMO PINTOS

APARECE LOS DOMINGOS
Precio de la suscripcion, 10 \$ al me,

SUMARIO

Augusto Ballerini (laureado en Roma)—La casita blanca (poesia), por Gervasio Mendez—La mujer: Estudios morales —El hijo muerto (poesia), por Jose Lamarque—A un ramo marchito (poesia), por Luis F. Deus—Una carta, por N. N. —A Adelfa (poesia), por Una Oriental—El paraiso perdido [conclusion] por M. J. Bender—La victoria (poesia), por Ricardo Gutierrez—Revista General.

AUGUSTO BALLERINI

(Laureado en Roma)

Este jóven argentino que estudia la pintura en la Academia real de San Lucas en Roma, fué premiado solemnemente el 19 de Julio último, con la primera medalla, el diploma correspondiente y una cantidad de dinero, por sus trabajos en el arte á que se consagra.

Es la única vez que un hijo de nuestro pais, merece tan señalada distincion, como hace notar la *Prensa*.

El vaticinio que hicieramos nueve meses antes, con motivo de la partida de aquel, se va cumpliendo.

Ballerini, cuenta apenas diez y ocho años de edad, y ha obtenido ya un gran triunfo en la patria del arte!

Tan modesto como aplicado, y con una disposicion feliz para la pintura, honrará á la República con su claro ingenio, que lo llama á ser el *Blanes* de los argentinos.

Y lo comparamos á éste, por que ha sido el único pintor del Rio de la Plata, que sigue probando con sus obras, que fué á Europa, no como otros, sino á aprender, trabajando sin tregua en las academias de Florencia, para regresar á su patria con ideas hechas y creadas tambien, en presencia de las famosas y pasadas escuelas que lo habilitaron para dejar á la posteridad americana el sello de su talento en lienzos como la *Fiebre amarilla*, la *Revista de Roncagua*, el postrer momento del último

de los *Carrera*, los treinta y tres y otras concepciones igualmente admirables, que salvarán de las vicisitudes del tiempo, su nombre inscrito así en el campo indeleble de la historia nacional.

Entre tanto, qué han hecho sus Aristarcos y rivales, á quienes roen y desvelan los triunfos del discípulo predilecto del sublime Cicerio?

Ilustrar los zapallos, los tomates, la verdura y las aves de corral, es decir, luego de gozar largos años á cuerpo de rey, malgastando en Italia rentas y tiempo, aparecen mediocridades avergonzadas y arrumbados por la opinion, revistan en la sombra por que jamás elevarán su vuelo de las regiones del...mosquito rastro... .

Recoja este ejemplo moralizador el jóven premiado, con la idea que abrigamos, de que á pesar de todo, queremos que el pais sea generoso en acordar esa clase de pensiones, por ser una de las pocas carreras, ó quizá la única, que conviene estudiarse en Europa, careciendo nosotros de pinacotecas que custodian tesoros, y por que es necesario é indispensable que los aspirantes formen el gusto de la estética visitándolas con frecuencia para aprender y copiar con éxito, teniendo á la vista las infinitas escuelas que han llevado la pintura al grado actual.

AUGUSTO BALLERINI—estudiante laureado, esperanza del futuro por que posee la centella del génio—los últimos héroes de la epopeya americana os aguardan con impaciencia, para dar movimiento y colorido á vuestros estudios teóricos de historia—numerosos amigos os aplauden con orgullo—y sirva este recuerdo que simboliza el de la patria ausente, que honrais con tantos méritos—como un estímulo mas para dominar las grandes dificultades que ofrece el arte que ha merecido la constante admiracion de la humanidad.

Decididamente las venceras con entusiasmo,

para hacer mas tarde, prodigios en el terreno, práctico de la pintura histórica, preparado únicamente para los que sobresalen como vos: el os abrirá las puertas de la gloria y de la inmortalidad.

Con igual sinceridad, felicitamos á la virtuosa familia, por esta distincion, que merecidísima como es, llega á tiempo de endulzar en lo posible, la honda pena que la aflige por recientes infortunios domésticos.

C.

LA CASITA BLANCA

En el album de Anita Onrubia

¿Te acuerdas, hermosa amiga,
De aquella casita blanca
Casi oculta entre las flores,
Los árboles y las zarzas?
¿Del nido aquél do crecías
Tan tierna, sencilla y casta,
Como en sus nidos de yerbas
Las palomitas torcazas?
Donde el maternal cariño
Daba alimento á tu alma
Con la miez de sus consejos,
De su virtud con la sávia
¿Ya no recuerdas el templo
De tus impresiones castas,
Donde tus labios dijeron
A Dios la primer plegaria?
Allí tus puros suspiros
Hasta el Señor se elevaban,
Como el incienso bendito,
Desde el altar de tu alma.
Allí nunca el negro cuervo
Del dolor, posó sus garras;
Sólo el ave de la dicha
Batía sus blancas alas.
¿No te acuerdas ya del sitio
Donde contenta pagabas
La bendicion de tus padres
Con un ósculo en sus canas?
¿Ni de la sombra del árbol,
Debajo de cuyas ramas
Iba, en las tardes de estío,
A besar tu frente el áura?
¿Ni del placer con que oías
Los cantos que, en tu ventana,
Entonaban los jilgueros
A la suave luz del alba?
Oh! sí, porque esas delicias,
Esos goces de la infancia,
Son estrofas de un poema
Que ha escrito Dios en el alma.
Son sus bellas armonías,
Tan dulces, tan delicadas,

Que el que una vez las percibe
No puede nunca olvidarlas.
¿Y cómo dudar, Anita,
Que ellas tu existencia encantan,
Si eres tan pura y sencilla
Cual las palomas torcazas
Que hacian nidos de yerbas,
Allá, en tu casita blanca!

G. MENDEZ.

Buenos Aires, 1875.

LA MUJER

ESTUDIOS MORALES

I.

SUMARIO: Opinión de una colaboradora acerca de la misión de la mujer—Carta en que contestamos á la pregunta que formula y que sirve de introducción á este trabajo.

Ojeada histórica: Posición social de la mujer en los primitivos tiempos—El Cristianismo: Su aparición la transforma moralmente—Las máximas y principios del Evangelio destruyen su esclavitud y la emancipan—EDV MENDI: Carácter de esta época—Reflejo de las costumbres antiguas—La doctrina del Crucificado vuelve á salvar á la mujer, dignificándola—Lucha que mantiene con el paganismo.

Ahora permítame Vd. que le diga una palabra acerca de una cuestion que parece empezar á agitarse en algunos círculos sociales, y que fué sin duda la causa de la fundacion de su bello periódico: la regeneracion de la mujer.

Refiriéndose á esto he oido á algunas personas manifestar sus opiniones á favor de la absoluta independencia de la mujer: con lo que no me hallo conforme, pues en mi humilde concepto á la mujer se le debe instruir, educar, proteger, se debe en fin contribuir con todos los medios posibles á su perfeccionamiento moral é intelectual, mas no concederle tantos derechos como goza el hombre; yo creo que si esto aconteciese la mujer perderia algo de sus atractivos.

Tambien se dice que la mujer, debe tener iguales derechos políticos que el hombre: en vista de esto se me ocurre la siguiente reflexion ¿es nuestra misia tomar parte en las azarosas contiendas políticas, contribuyendo así á atizar la discordia que con motivo de ellas se enciende, ó es ser la base de la familia y la dulce directora del hogar domestico? A mi juicio la mujer lo que necesita es mas proteccion, educacion, adquisicion de conocimientos útiles para poder sin menoscabar su honor salvar cualquier circunstancia difícil de la vida: es decir: necesita regeneracion, no emancipacion.

Tal vez sus ilustradas ideas Sr. Pintor, no se hallen en conformidad con las mias, en este caso desearia si no le fuese á Vd. incomodo, tuviese la benevolencia de manifestarme su opinion por creeria bien autorizada.

(Párrafo de una carta de la Señorita Luján).

Señorita Máxima Delia Lagos.

Antes de ahora habian llegado ya á mi espíritu las emanaciones poéticas de su alma sensible y delicada. Sus artículos y sus cartas, llenas del misticismo de la plegaria y de la dulzura de la melancolía, dicen con la elocuencia de la estrofa que florece para la vida de la idea: una hermosa inteligencia femenina. Yo me felicito de ello, como humilde artista del pensamiento, y complázcome en tributarle el sincero homenaje de mi simpatía.

Embragada por el perfume de su corazón, ha llegado Vd. en la última carta que ha tenido la amabilidad de dirigirme, á conclusiones que no acepto en nombre de la fría Razon. Examina Vd. la cuestion que han dado en llamar erróneamente *emancipacion de la mujer*; y temerosa de herir preocupaciones y costumbres declara que no la cree *conveniente*, olvidando que no es la *utilidad* la que ha de decidir el punto de controversia sino la *justicia* eterna, que preside y dirige las acciones humanas. Mas aun bajo la faz en que Vd. la estudia, sus apreciaciones—perdone se lo diga—son poco fundadas.

No considero autorizada mi palabra, como benévolamente la considera Vd; pero haciendo caso omiso de mi personalidad que nada significa, yo me dispongo á levantar mi voz y á tratar el asunto que en estos momentos preocupa á una parte del público ilustrado.

Debo pedir á Vd. disculpa por la demora de esta respuesta. Me habia reservado el honor de escribirle para cuando terminara la discusion que ha venido siguiéndose entre algunas de las colaboradoras de *La Ondina*: queria, y tales propósitos me alientan al tomar la pluma, refutar debidamente ciertas ideas que no vacilo en calificar de falsas, y que pudieran haber influido en su ánimo al adoptar el parecer que me comunica.

Siendo vasto el cuadro que se presenta al análisis, trataré de ser sintético, cuanto sea posible, en su estudio. Algun dia, cuando la labor que actualmente embarga mis facultades sea menos activa; cuando el reposo me sea permitido, entonces, si, entonces, escribiré un libro destinado á diseñar mas artísticamente la posicion y papel que está llamada á

desempeñar en la sociedad el angel risueño del hogar.....

Al llegar aquí, vuelvo la vista sobre su carta, y noto que solo divergen nuestros juicios en el modo de apreciar una de las facetas de la cuestion: la relativa á los derechos civiles y políticos. Mas si entre las ideas de ambos, de Vd. y yo, no hay un abismo profundo; le hay si con las de la distinguida escritora que se oculta bajo el pseudónimo de Judit. (*) Judit no quiere la instruccion del sexo (es no quereria el decir que debe permanecer alejada de las ciencias), y Vd. si la quiere.

Ha de permitirme, pues, que en las líneas que le de escribir, al mismo tiempo que le contesto, replique á nuestra novel, pero valiente escritora.

Ya veo venir de esta y hácia mi el compañero del guante que tirará á los pies de la ilustrada Señorita Echenique: no parece sino que por uno de esos fenómenos de que nos habla la Religion del antiguo Egipto y los modernos espiritistas, el alma de la mujer hebrea, aquella que cortó una cabeza regia, se hubiera encarnado y tomado nueva forma en la Judit que está colaborando en *La Ondina*. Si ese nombre representara, como parece, todo un programa bélico: yo lo saludo, pero no le temo. Y esto por que abrigó la firme conviccion de que mis ideas no giran en la esfera del error. Las cuestiones que se ventilan, ha tiempo las conozco y vengo estudiando con especial cuidado.

Era todavía un niño, aun sentia el calor de los huesos que me diera mi madre en la cuna, y ya contemplaba con profundo dolor la triste condicion moral de la mujer de mi patria y ya me inspiraba el pensamiento (casi debiera decir el sentimiento) de su *regeneracion*. La obra á que me llamó el corazón primero, me llamó la razon despues. Y entónces, cuando la idea resplandeció luminosa en el estrecho cielo de mi inteligencia; cuando el dia sucedió á la noche del espíritu;

(*) Racion despues de la fecha en que escribimos esta carta y los *Estudios* que le siguen, hemos venido á saber el nombre verdadero de la escritora que suscribe sus artículos con este pseudónimo. Como tal circunstancia no afecta en manera alguna la independencia de nuestros juicios ni el fondo de nuestro trabajo, no hemos creído necesario alterar las referencias que de Judit hacemos.

fortalecido por la santidad de mis propósitos, por la pureza de mis intenciones, no vacilé en encarnar aquellos y estas en la palabra impresa, y lanzar á los vientos de la publicidad esas páginas que constituyen hoy parte del alimento intelectual de la mujer argentina.

Regenerarla, purificar su espíritu por medio de la Instrucción y la Educación, fué el móvil que impulsó la fundación de *La Ondina*. No se habló de *emancipación*, por que esta expresión mal definida generalmente, podía dar margen á falsas interpretaciones respecto al carácter que iba asumir la Sección doctrinal del periódico.

Pero hoy, que veo se le dá maliciosa y sarcásticamente una acepción que no es la aya, es deber mío entrar á trazar límites y á deslindar ideas.

Es tiempo de que entre en materia, y ponga punto final á esta carta, que ha de servir de introducción á las páginas que pienso escribir.

Dígnese Vd. inteligente Señorita, aceptar mis sentimientos respetuosos.

L. T. PINTOS.

Agosto 20 de 1876.

I.

Cuando el hombre salió recién del sueño de la nada, cuando sus ojos se entreabrieron para contemplar la primera aurora; halló á su lado una compañera que le deparaba el cielo. Sintiendo fuerte, creyó era él, el Rey y único actor en el sublime drama de la creación, cuyo primer acto empezaba. El dulce y cariñoso ser que formará Dios «con la mas pura de sus concepciones» tuvo que inclinarse y bajar la cerviz ante su poderoso opresor.

Y la mujer, que todavía sentía en su frente el fuego de la inspiración celeste, sintió también que las alas de su espíritu eran cortadas: la dignidad del sexo fué á sepultarse en el piélagro profundo de los malos instintos y de las miserables pasiones.

Ah! apartemos los ojos de semejante cuadro: no nos detengamos en presencia del escándalo y del libertinaje. Salvemos algunas gradas del edificio de los tiempos y lleguemos al siglo en que una nueva era comenzaba para la humanidad; al año y al instante en que el Mensajero de los Cielos conmueve las entrañas

de la tierra con su mística palabra, saturada con el perfume del aliento de Dios.

Jesucristo, esa antorcha de luz que resplandece á través de la nebulosa noche de la historia; esa inteligencia privilegiada que, la primera, consigue penetrarse de los verdaderos destinos del hombre y la mujer;—predica y propaga una doctrina desconocida hasta entonces. El amor y la caridad, la bondad y la pureza, la ternura y la mansedumbre: son sus elementos constitutivos. La mujer, vendida y encarcelada, esclava siempre, sepultada en la oscuridad del haren y del gineceo desconocida y era ajena á esos hermosos y dignos sentimientos. Mera cosa de comercio no tenía ni abrigaba aspiraciones: puede decirse con toda propiedad que no existía. El Cristianismo proclamaba la igualdad entre ella y el varón y se revelaba contra las creencias que le consideraban como un artículo de tráfico. Es decir proclamaba su *emancipación*, espiritualizándola por medio de la mas noble y elevada pasión: el amor.

Y el Cristianismo aseguró su triunfo, por que, como dice un escritor (1), hablaba de una manera admirable el lenguaje de la mujer, por medio de su doctrina de resignación, que es la victoria de la debilidad, y por su tendencia al misticismo, religión del sentimiento. Cansada la mujer de la tierra vuelve su melancólica mirada al cielo....El Evangelio le trajo un Dios posible, á la par que la arrancaba del presidio de los placeres. Su palabra fué cual la gota de rocío desprendida de la estrella matutina en la copa del lirio, agotada por la brisa del estío.—

Si, el Cristianismo, religión del oprimido, cumplió y continua cumpliendo su divina providencial misión resucitando al esclavo á la vida de la libertad y elevando á la mujer á las alturas de su dignidad augusta y sagrada.—La mujer, antes sometida en su persona y en sus bienes á la arbitrariedad y despotismo del marido, que sobre ella tenía derecho de vida y muerte, se convierte en la compañera inseparable del hombre que le consagró sus destinos. El Evangelio les ha dado distinta misión en la familia, pero iguales derechos, idénticos deberes. Así es que ántes la mujer

(1) Pelletan: *La Mere*.

abandonaba su familia para entrar en la del marido, y ahora el hombre abandonará á su padre y á su madre para unirse á su esposa, y ambos formarán una nueva familia, un nuevo hogar.—(1)

El ideal de justicia y amor, que difundiera la religion del Mesías, ha sido realizado en gran parte por la humanidad, caminando á traves de las edades hácia su destino de perfeccion indefinida: ella *emancipó* para siempre, para siempre salvó la dignidad de nuestra dulce compañera.

II.

No asistiremos á la escena de la Edad Media: esta es el reflejo de la antigua, en su período de corrupcion. La mujer, al decir de un distinguido autor, se encenagó de nuevo en el fango del vicio: la inmoralidad de las costumbres empañó el esplendor de la brillante auréola con que el Cristianismo habia adornado sus sienes. «El escándalo penetró en la choza del vasallo, en el castillo del señor y hasta en el sagrado de los templos.»

En la sociedad de aquellos tiempos todo es falso y fingido: héroes sin entusiasmo, sin valor, cubiertos de impenetrables armaduras, blandiendo lanzas y espadas, se figuran ejecutar todos los dias hazañas portentosas, como las de los campeones de las leyendas caballerescas; héroes visionarios, que, en el extravío de su imaginacion en delirio, creen ver á nobles damas implorando cautivas desde lo alto de feudales almenas el amparo de su valor y la proteccion de su hidalguía, y vagan dementes por la tierra, rompiendo lanzas, sembrando por donde quiera tuertos y agravios, y buscando por montes y valles los castillos imaginarios donde les esperan gimiendo desgraciadas princesas. En los tiempos de los verdaderos caballeros, el amor habia sido un tierno sentimiento manantial de heroicas proezas, y de nobles y magnánimos pensamientos. Ahora es, por el contrario, causa de extravagancia y locura; y los paladines, en vez de grabar en sus escudos pialosas invocaciones, ó grandes máximas de valor, ó bien un recuerdo de sus sacrosantos deberes, se presentan con frecuencia en los torneos llevando por

emblema un adagio que cubre de escarnio la noble pasion que ántes inspiraba á los héroes, pero que refleja al mismo tiempo admirablemente el estado de aquella sociedad: *quién navega por el amor pierde el seco.*»

«En aquella época de oprobiosa degradacion en las costumbres aparece la lucha incesante y grandiosa de las puras máximas del Cristianismo contra las lúbricas liviandades del paganismo, trasmitidas de siglo en siglo y arraigadas todavía en el seno de la sociedad.»

Bastan estas ligeras pinceladas, para hacer resaltar con toda la elocuencia de la verdad histórica que los escritores de la Escuela que llamariamos Materialista (1), al hablar de la *emancipacion de la mujer* no se han penetrado del significado de esta frase y que la toman por estribillo de sus discursos sin ton ni son.

Emancipacion, en su acepcion rigurosa, significa pasar de un estado á otro estado: del de esclavitud al de libertad, del de oscuridad al de luz.

Y bien: ¿de esclava que era no pasó á ser libre la mujer? ¿de cosa no tornó en persona?

Se dirá que su libertad no es absoluta: verdad. Mas esta circunstancia no quita nada á la naturaleza de la cuestion: recuérdese aquel dicho de Thiers «no es libertad, la que no reconoce límites».

¿Se habla jurídicamente? Las reticencias á que está sujeta no importa tampoco un verdadero tutelaje, y si así fuera, sería solo en su calidad de esposa. No todas las mujeres han ligado su suerte á la de un hombre.

Metafóricamente y por estension creen algunos poder emplear el término; pero ¿en materia tan seria debemos entendernos clasificando las palabras?

Conste de una vez por todas: *la mujer está emancipada.*

(Continuará.)

(1) Conviene que aqui pongamos una nota. Denominamos Materialista á la Escuela de escritores, que no ven en la mujer sino una bella estatua, que le rinden culto como á la Venus Polimnia que tenía un altar en el Templo griego, que la aman y veneran cual un objeto destinado solo á procurar el sueño de los sentidos.

(1) Sanchez de Toca—*El matrimonio*, T II.

EL HIJO MUERTO

(Del célebre poeta portugués A. Soares de Passos)

Es media noche: en la aldea
Que se extiende al pie del cerro,
Vela una madre á su hijo
Estrechándolo á su seno.

«Despierta, mi bien, despierta,
No es ese tu blando sueño,
Que es cual letargo de muerte
El que hora embarga tus miembros.
¡Cuanto tarda una sonrisa
En tus rojos labios bellos!
Despierta pronto hijo mío,
Tu alegre reir espero.»

Mas en su regazo el niño
Lanzó su postrer aliento ...
Besos mil dióle su madre
Tristes lágrimas vertiendo.

En su sepulcro dos dias
Lloró tambien: al tercero
La campana de la aldea
Por un alma tocó á muerto.

Y otra tumba aquella noche
Se alzaba en el cementerio....
¡Pobre madre! junto al hijo
Fué á dormir su mismo sueño.

JOSE LAMARQUE.

A UN RAMO MARCHITO

Pequeño y marchito ramo
De flores frescas un día,
Recuerdo fiel de alegría
De ventura y de ilusion,
Bella dádiva amorosa
De otras horas de ventura,
Memoria cándida y pura
De una sentida pasion;

Cuantas veces el aroma
De tus flores fué mi encanto,
Y cuantas brotó mi llanto
Al mirarte en mi dolor;
Cuantas y cuantas tus hojas
Mi fiebre de amor calmaron,
Y cuantas ay! te besaron
Mis labios con tierno aroma.

Cuantas de tu fresco amor
Las puras emanaciones,
Tiernas sentidas canciones
Arrancaran al laud;
Y cuantas en tus colores
Brillantes de ilusion pura,
Se retrató la ventura
De mi alegre juventud.

Hoy marchito, seco y místico
En el cristal de una tumba,
Solo imagen de ultra tumba
Eres de mi juventud;
Y cual yo de mi amargura
Soy una sombra ante el mundo,
Eres, del dolor profundo
Una triste sombra tú.

La mano que temblorosa
Te puso un dia en la mia,
Cuando frescura vertia
Tu conjunto seductor;
Hoy sin compasion alguna
Por voluntad ó destino,
Me aparta de su camino
Sumiendome en el dolor.

Y como tu entre cristales
Estás, ramo inanimado,
Mi corazon lacerado
Dentro de mi pecho está;
Pues que si á ti te ha matado
La mano del sentimiento,
Muerta está en mi pensamiento
Pasion que no volverá.

Mas tu conoces mis penas;
Simbolizas mis dolores,
Marchito ramo de flores
Que formaron mi ilusion,
Cuando frescas y brillantes
Su mano me las brindaba
Jurandome que me amaba
Con todo su corazon.

Hoy muertos ambos en vida
Igual tumba nos encierra,
Víctimas siempre en la tierra
De refinada crueldad;

Pues que si tu entre cristales
 Hoy tienes tu sepultura,
 Yo encerrado en mi amargura
 No tengo amor ni amistad.

Luis F. DEUS.

1870.

UNA CARTA

Señor Director. —Muy señor mío: Mi esposa y mis cuatro hijas, de las cuales la menor cuenta quince años (que á esa edad pueden todavía contarse) me ruegan, es decir, me obligan á preguntarle que hay de festejos para el día de Nuestra Señora del Pilar.

Yo, y se lo digo á V. con toda confianza y en toda reserva, desearía que no hubiese nada, porque cuando sale uno de su casa y con señoras, no sabe lo que gasta; pero ellas quieren hacer ese viaje por si hay algo que ver y también para ser vistas.

Mi franqueza no le asombre; llevo veintidos años de casado y me ha ido tan perfectamente, que desearía encontrarse cada una de mis cuatro hijas un marido como el que le escribe la presente carta.

Segun se dice en esta, el género masculino no brilla en Buenos Aires por sus instintos matrimoniales; pero yo tampoco pensaba contraer esponsales un mes antes de unirme en eterno lazo á mi Eleuteria.

En caso de haber festejos, quisieran presentarse á la última moda (que no sé por qué á la primera no le dieron garrote) obligándome también á preguntarle ciertos detalles que dicen debe V. conocer como Director del periodico de los salones.

Han oído decir que uno de los muchos Clubs que existen en esa vá á dar un gran baile y ya no hay figurines en todo el pueblo. Los últimos de *La Ondina* están en mi casa.

Pero las dudas crecen á medida que los figurines se examinan, y aquí tiene V. mi casa convertida en parlamento, si se atiende á la forma de la discusion, y en taller de modistas si se repara en el fondo de las cuestiones.

Esto, sin embargo, creo quedará zanjado en breve ya que despues de todo, los figurines de

baile hablan con bastante claridad (y con bastante . . . frescura) segun he podido ver así por encima. Yo reduciría toda la elegancia de un vestido de baile á quitarle por arriba mucha tela y á añadirle por detrás todo lo que sobre de la pieza.

Lo que á ellas le apura no es eso, sino el vestido de calle, para lo que especialmente me ruegan le pregunte si continúan todavía llevándose esos tacones en forma de peana, tan horriblosos como poco higiénicos, y los vestidos de medio paso que quizás por ser de medio paso no han dado uno siquiera en el terreno de la economía.

Me preguntan también si el peinado se lleva alto ó bajo, y me lo preguntan (para que yo se lo diga á V.) con tal insistencia, como si de ello dependiese la paz de la República.

No oso hacerle otras preguntas que le serian en extremo molestas, y además, si algo bueno tienen ellas, es el cabello.

Añada V. á esto (no al cabello sino al contenido de mi carta) que quieren también asistir á la inauguración de la plaza de toros en Montevideo. Yo les he manifestado lo terrible de ese espectáculo y hasta les he hecho á lo vivo una descripción de la corrida, que lejos de escitar su repugnancia ha animado su curiosidad.

Para este negro espectáculo se les ha metido en la cabeza que han de llevarla con mantilla acompañada de una peineta con media caldera de vapor. Digame V. por Dios que van con tocas negras, ó las mantillas se llevarán la última *idem* de mi escaso sueldo.

En cuanto á los fuegos, cucaña, etc; nada le pregunto, pues mi deseo no llegará á realizarse, consistiendo en que yo querria subir á la primera, fuese á lo menos por ganar algo ó que un cohete de los segundos me saltase el ojo izquierdo por haberse fijado en Eleuteria. ¡Así hubiera tenido una nube como la tiene el derecho! Hay veces en que las nubes evitan los rayos de ciertos soles que despues le achicharran á uno como en continuo mes de Diciembre.

En fin, amigo mío, y dispénsome que me atreva á darle este dulce nombre, conserve las espresiones de dolor que van esparcidas en esta carta sin que nadie jamás pueda apreci-

birse de tales disgustos, y contésteme solamente al principal objeto de ella, por lo que altamente le quedaré reconocido.

B. S. M.

N. N.

Mi pueblo á 14 del 22º mas de la cruz....do mi matrimonio.

A. ADELFA

¿Quien se acuerda de mi nombre?
¿Quien de tan lejos me llama?
¿Quien escuchó mis suspiros?
¿Quien mis cantares estraña?

¿Será un alma compasiva
Que en el banquete del alma
Con que la «Ondina» convida
A la musa americana;

Querrá ofrecermé un asiento
O una copa que á libarla,
Ya mas no se atreve el lábio
De miedo de profanarla...?

En ella beben los génius,
Los cóndores y las aguilas,
Las mariposas errantes
Y las palomitas blancas:

Y en ella su cáliz suave,
Refrezcan con dulce calma,
La Violeta, la Azucena
Y la Adelfa sonrosada;

¿Quedará en ella una gota
De esa miel tan delicada,
Que endulce la pena mia
Haciendo sonreír mi alma?

Probemos, pero si acaso
Esa miel se me acibara....
¿De quien ha de ser la culpa?
Tuya, y de esa «Pasionaria»:

Que tentando la paciencia
Del Director, me reclaman
Con gracia y galanteria,
Las flores místicas de mi alma.

UNA ORIENTAL.

Setiembre 5 de 1876.

EL PARAISO PERDIDO

[Conclusion]

El dia de que hablamos, mientras Epimeteo jugaba á los pollitos en el prado vecino con una caterva de chicuelos de su edad, le dió á Pandora más fuerte que nunca por la caja, y se fué á ella casi decidida á destaparla si podía. ¡Infeliz criatura!

Quiso levantarla, pero pesaba demasiado para las fuerzas de una niña; así que, no bien la hubo alzado algunas pulgadas del suelo, se le cayó de las manos. Parecióle entónces que se escapaba del interior de la caja un leve ruido; puso atencion, detuvo el aliento y escuchó. ¿Serían los latidos de su corazon? Ella misma no lo sabía; mas es lo cierto que su curiosidad iba creciendo de una manera extraordinaria.

Al levantar la cabeza, sus ojos se fijaron en la cuerda de oro.

—Por supuesto que es preciso tener mucho talento—dijo casi en alta voz—para echar un nudo semejante. Pues yo voy á ver si lo suelto.

Cuando mas engolfada estaba en su trabajo, entró por la ventana un rayito de sol muy brillante y muy dorado, y lo llenó todo de alegria, y detras del sol entraron por el mismo sitio que sé yo cuántas carcajadas de los amigos de Epimeteo, que bullian por allí junto. Pandora se detuvo para oirlos.

—¡Qué dia tan hermoso!—esclamó, y se le escapó un suspiro.

El manuscrito que me está sirviendo para ilustrar esta historia, dice que en aquel momento tuvo Pandora impulsos de soltar la cuerda, de no pensar más en la caja, y de irse á correr con los demas chicos de la vecindad; y yo creo al manuscrito bajo su palabra. Pero lo cierto y averiguado es que sus deditos no desistieron de la empresa, y que, aun cuando le pareció notar en la cabeza esculpida sobre la tapa, cierto gesto desagradable, siguió dando tirones, apretando aquí, aflojando allí, hasta que al fin ¡qué horror! sin saber cómo se soltó la cuerda.

Pandora se quedó inmóvil.

—¡Ay ¿qué va á decir aquél cuando entre? ¿Como podría yo hacer el nudo otra vez?

¡Pues ahí era nada reanudar aquello! Así hubiera estado hasta la consumacion de los siglos en probaduras! ¿Ni cómo había de dar tampoco con la clave, si ya se le había borrado de la memoria de qué manera estaba hecho el lazo? No tenía, pues, más remedio que fastidiarse y aguantar la reprimenda de Epimeteo.

Ocurriósele entónces una idea peregrina.

—Si cuando entre mi compañero—dijo—ve la cuerda en el suelo, desde luego se figura que yo la he desatado para registrar la caja, y aunque me ponga en cruz, no va á creer que no me he atrevido á tanto; pues si de todos modos me ha de atribuir esta indiscrecion, levantemos la tapa y veamos.

¡Pícaro niña! Lo que debió haber hecho, la creyesen ó nó, era dejar quieta la caja, y no apurarse por las dudas de Epimeteo; que, cuando se inculpa sin razon, la conciencia puede aguardar tranquila á que, más tarde ó más tarde ó más temprano, brille la verdad y triunfe. Tengo para mí que Pandora hubiera obrado así de no advertir en la figura de la tapa una expresion seductora y persuasiva, y, lo que es peor, percibir ciertos rumores vagos de la parte de adentro, los cuales se iban haciendo por momentos más claros é inteligibles, hasta el punto de parecerle que le decian muchas voccecitas:

—Dejános salir, Pandora, y estaremos siempre contigo.

—¿Qué podrá ser esto?—se preguntaba la niña.—¡Pues yo he oido bien esas son voces! ¡Ea! pecho al agua; voy á levantar la tapa, miro una vez no más, y vuelvo á cerrar en seguida. ¿Qué tiene eso de malo?

Pero volvamos á Epimeteo, á quien nada le salia derecho aquel dia: si jugaba al toro, siempre le tocaba ser caballo; si buscaba uvas, todos los racimos eran agraz; si hijos (Epimeteo gustaba mucho de los hijos), no había uno sano para él. Resultado, que se aburría, que corró su boca y que se fué á un rincon á llorar su mala ventura. Los demas niños se devanaban los sesos para darse cuenta de lo que le pasaba, cosa que ni él mismo comprendía; pues, como ya dije al principio, todo el mundo era

feliz entónces, y nadie había sufrido todavia lo más mínimo, fisica ni moralmente.

Conociendo al fin el pobrecillo que solo servia de estorbo á sus compañeros, tomó el camino de su casa en busca de Pandora, con quien es fama se llevaba perfectamente, excepto en el asunto consabido. Para no entrar con las manos vacías, cortó unos pensamientos, y fué por la vereda tejiéndole una corona con el primor y la destreza que en aquellos felices tiempos hacían estas cosas los muchachos.

Bueno será dejar consignado, que mientras iba Epimeteo la vuelta de su casa, comenzaron á formarse en el cielo unos nubarrones muy densos, los cuales fueron poco á poco estendiéndose, hasta interceptar el sol completamente á tiempo que entraba en ella. Quiso el niño ir de puntillas hasta donde estaba Pandora (la cual, de espaldas á la puerta, se disponia entónces á levantar la tapadera), para ponerle por sorpresa la corona; pero bien hubiera podido adelantarse, no digo á su paso, sino con más ruido que un elefante, seguro de que ella lo sintiese. Cuando Epimeteo vió en qué se ocupaba su compañera, se quedó parado, con los ojos de par en par, pero no chistó.

¡Ay! Epimeteo, si hubieras dado un grito, la compañera no habría levantado la tapa, y ¡quién sabe si el misterio fatal que contenia no se hubiera conocido jamás!

Pero tambien Epimeteo, apesar de la poca curiosidad que aparentaba, sentia de vez en cuando muchas ganas de asomar las narices por allí. Así fué que, al ver á Pandora en actitud de apoderarse del secreto, siguió el partido de no dejar que ella sola lo poseyera. Y luego, si había allí dentro juguetes ó golosinas, era preciso repartírselos como buenos hermanos. De este modo Epimeteo se hizo tan culpable como Pandora, y por tanto, siempre que en el curso de la presente maravillosa historia digamos mil merecidas picardías á la curiosa niña, no podremos ménos de enroguenos de hombros al pensar en su cómplice.

Apénas hubo Pandora levantado la tapa, se llenó la cabaña de tinieblas y de horror; y las nubes, pardas y amenazadoras, se interpusieron entre el sol y la tierra, como si estuviese á punto de caer nuevo diluvio universal en medio de un tumulto de truenos.

Pero la funesta niña, sin parar mientes en tan lúgubres presagios, acabó de abrir la caja y miró dentro. Entónces una multitud innumerable de seres con alas de murciélago y colitas de escorpión, tan menudos como abejas, salieron en tropel, tropezando con su cara, y desparramándose por la cabaña.

—¡Ay! ¡ay! ¡Dios mío! ¿Qué es esto—gritó con toda la fuerza de sus pulmones Epimeteo, á quien por lo visto habían saludado ya los animalitos con sus lancetas.—¿Por qué has abierto esa caja? ¿No te lo decía yo?

Asustada Pandora con las voces de Epimeteo, dejó caer la tapa del cofre y miró á su alrededor; pero fué en vano, porque nada le permitía ver la nube que formaban los insectos.

Aquella escena era horrible. La cabaña, sumida en sombra; Epimeteo, llorando á grito herido; Pandora, muertecita de miedo y toda temblorosa; por el aire, millones de insectos, zumbando como cien enjambres de abejas, y desde fuera, dominándolo todo, con voz pavorosa, el trueno, que resonaba por las nubes con infernal estrépito.

Cuando los ojos de Pandora se hubieron hecho algo á la oscuridad, vió que á Epimeteo le había picado uno de aquellos insectos. Ella misma estuvo á punto también de recibir un saetazo de cierto monstruo tamaño como una mosca.

¿Y saben ustedes qué clase de animalitos era la que se escapó de la caja? Pues nada ménos que la terrible familia de las *penas* terrestres: las *malas pasiones*, los *cuidados*, más de docientas clases de *pesadumbres*, quinientas *enfermedades*, todas las *infamias*, y todas las *malicias*; en fin, cuantos males alligen ahora á la especie humana y que habian sido encerrados allí de orden superior para preservar de sus estragos á los venturosos hijos de la naturaleza.

Si los depositarios de la tranquilidad universal hubieran sido fieles y obedientes, nadie habria sufrido jamás el mas leve, el más insignificante dolor; pero ¡admírense ustedes de la calamidad que trajo al mundo la falta de un solo individuo! Pandora con abrir la caja y Epimeteo con tolerarlo, dieron lugar á que todas las *penas* se desparramasen por la tierra, y vivieran, creciendo y multiplicándose entre nosotros por los siglos de los siglos.

Como no era posible que los dos niños pudieran soportar aquella nube de maglinos animales en los estrechos límites de su cabaña, abrieron de par en par puertas y ventanas para librarse de ellos; los cuales, una vez fuera, se extendieron á su placer por toda la redondez de la tierra á caza de criaturas humanas. Todo se puso triste, y hasta la misma naturaleza pareció resentirse de aquella invasión inesperada. Las flores, que ántes no se marchitaban, comenzaron á tener vida fugaz y leve, quedando en estrecho límite encerrada; y los niños ¡qué dolor! dieron en crecer, en hacerse hombres, en ponerse viejos y en morir despues, sin haber tenido tiempo siquiera de pensarlo.

La pícara de Pandora y su cómplice se habían quedado muy serios y pensativos, suspirando y poniéndose saliva en los picotazos para calmar sus dolores, que les parecían insufribles. Ya se ve, ¡no estaban acostumbrados á padecer!

Al fin, Pandora rompió á llorar y apoyó tristemente su cabecita en la caja para dar mejor salida á las lágrimas y sollozos que la abogaban. Estando así oyó dentro del cofre un golpecito.

—¿Que será eso, Epimeteo?

El niño no contestó palabra.

—¿Epimeteo?—dijo la niña entre suspiros:—¿contéstame!

Y el ruido volvió á percibirse más claro, como si una mano muy chiquita diese contra las tablas.

—¿Quien eres? preguntó Pandora por un resto de curiosidad.

Una voz sutil y armoniosa le respondió:—Levanta la tapa y lo sabrás.

—No por cierto.

Y se volvió hácia Epimeteo, esperando que aprobase su prudencia; pero el niño se contentó con decir:—¡A buena hora!

—Abreme, Pandorita, que yo no soy hermana de esos que han salido. Abreme, anda, Pandora, y verás cómo te quiero.

Había en el acento de la voz una dulzura tan encantadora, que no era posible resistir. Además, los niños, sólo con oír la, espermentaban cierto consuelo, cierto alivio en sus penalidades, como si les quitasen un peso de encima del corazón.

—¡Epimeteo! exclamó Pandora—¿has oído?

¡Qué voz tan bonita! ¿no es verdad?

—Sí, ¿y qué?

—¿Abro?

—Como quieras. Despues de lo que has hecho, tanto da una pena mas ó ménos.

—¡Pícaro!—le gritó desde adentro la vocécita riéndose.—¡Si tú tienes más ganas que ella todavía de saber quién soy! Abrídmle, que quiero salir para consolarlos: ya vereis cuando yo esté fuera como las cosas no son tan malas como parecen.

—Epimeteo, yo voy á abrir.

—Espérate, mujer, y te ayudará.

Y entre los dos alzaron la tapa; y al punto salió volando de la caja una figura humana del tamaño de una muñequita; pero muy esbelta, muy simpática, muy risueña, y con un mirar tan resplandeciente, que allí donde ponía los ojos, al punto quedaban disipadas las sombras. —¿Han hecho ustedes alguna vez bailar un rayo de sol en la pared con la luna de un espejo? Pues eso parecía la encantadora aparición, volando de acá para allá, hasta que acercándose á Epimeteo, le puso la punta del índice sobre la picadura de una pena, y le quitó el dolor, lo mismo que á Pandora todos los suyos, dándole un beso en aquel pimpollo que tenía por boca. Y siguió la risueña criatura dando vuelecitos por la cabaña, y llenándola toda de una cosa mejor que la alegría. Tan amable, tan afectuosa, tan buena se mostraba, que llegaron los chicos á ponerse contentos de haber abierto por segunda vez la caja. A decir verdad, hubieran hecho muy mal en dejar cosa tan peregrina dentro de ella.

—Dime, ¿quién eres?—le preguntó Pandora.

—Soy...la *Esperanza*—respondió la aparición,—y como tengo el poder de consolar, me pusieron en esta caja con las *penas*. Ya vez que no era justo estuviesen ellas libres y yo prisionera.

—¿Que alas tan preciosas tienes!

—Sí, son los colores del arco iris; pero no creas al verme alegre que hay en mí ménos lágrimas que sonrisas.

—¿Quieres quedarte con nosotros para siempre? le preguntó Epimeteo

—Mientras que os haga falta estaré con vosotros—contestó la *Esperanza* sonriendo,—y duraré mientras esteis en el mundo.—Tal vez

haya momentos—añadió—en los cuales creais que os dejo en olvido; pero tened por cierto que, cuando ménos lo penseis, vereis brillar el iris de mis alas en vuestra cabaña; sí, y además, yo sé una cosa muy buena, muy buena, que os está reservada.

—Pues dí lo que es, sí, dílo.

—Por ahora es un secreto; pero no hay que desesperar si no veis realizada esa *esperanza* mientras esteis en la tierra.—Confiad y esperad.

—Mira que confiamos en ti—exclamaron á una voz Epimeteo y Pandora.

Y no sólo confiaron ellos en la *Esperanza*, sino es todos los demas mortales.

A decir francamente mi opinion, conozco que Pandora cometió una falta gravísima por ser curiosa, pero casi me alegro de ello. Porque si bien es cierto que por su desobediencia se extendieron las *penas* por el mundo, creciendo y multiplicándose entre nosotros de una manera prodigiosa, tambien lo es que tenemos la *Esperanza* en el punto mismo que la necesitamos; que ella espiritualiza la vida y la renueva sin cesar, y que, hasta en los momentos de mayor ventura, cuando se nos ofrece la existencia como un sueño de color de rosa, la *Esperanza* nos hace ver en esa dicha misma un destello de la infinita felicidad que, siendo buenos, podremos alcanzar en el cielo.

M. J. BENDER.

LA VICTORIA

Ah! no levantes canto de victoria en el día sin sol de la batalla, ni el santo templo del Señor profanes con plegaria de triunfo y de matanza.

Cuando se abate el pájaro del cielo, se estremece la tórtola en la rama; cuando se postra el tigre en la llanura las fieras todas aterradas callan!...

Y tú levantas himno de victoria en el día sin sol de la batalla? Ah! solo el hombre, sobre el mundo impio, en la caída de los hombres canta!

Yo no canto la muerte de mi hermano;
márcame con el hierro de la infamia,
porque en el día en que su sangre viertes
de mi trémula mano cae el arpa!

RICARDO GUTIERREZ.

Buenos Aires, 1868.

REVISTA GENERAL

SUMARIO:—El Almanaque de los Señores Igon—Supresión—Un libro interesante—Charada—Personas suscritas.

Los acreditados Libreros Señores Igon Hs. acaban de recibir de Europa el «Almanaque Nacional Argentino para 1877,» cuya impresión encargaran allá.

Tenemos un ejemplar á la vista y notamos que sus páginas se hallan repletas de un excelente y variado material. Está dividido en cinco secciones: agrícola, legislativa, comercial y estadística, histórica, y literaria.

Su costo es ínfimo: cinco pesos mjc.

* *

A última hora hemos tenido que retirar por falta de espacio varias composiciones de nuestras colaboradoras Zulema, Sta Larrosa y una Oriental («Al joven poeta Gervacio Mendez»). Irán en el próximo número.

* *

El Sr D. Manuel C. Chueco nos ha obsequiado con un ejemplar, ricamente encuadrado, del «Tratado de Teneduría de libros por partida doble» que há poco publicó.

Personas inteligentes en la materia nos aseguran que es lo mejor que se ha escrito en el país.

Nosotros cumplimos con el deber de recomendarlo al público.

* *

CHARADA

Con mi primera y segunda
si quieres tener paciencia,
harás nombre de persona
y de flor de rica esencia.

Mi tercera hago, si río,
y por decirte en conciencia
es también cosa fresquita
que á veces va con violencia.

Mi todo á la iglesia llevas,
y aseguro á ciencia cierta
que es un nombre de ciudad;
con que á probar tu paciencia!

ESTRELLA.

Santa-Fé, Julio 28 de 1876.

* *

Enseguida van los nombres de las personas que se han suscrito á este periódico en la quincena pasada.

Alais Cármen A. de	
Amaral Dominga L. de	
Arauz Carolina G. de	
Carlevarino N.	
Cazarini Eufemia	
Cusi Camila	
Danzon Petrona	
Diaz A.	
Diaz Pedro N.	
Espinoza Ubalda	
Fernandez Manuela	
Garcia Felipa	
Gonzalez Andrea	
Gomez Concepcion	
Gelabert M. V.	
Jauregui Magdalena	
Jorge Maria	
Lopez Maria F. de	
Lorea Dellina	
Ludiers Adelaida	
Martinez Josefa	
Martinez Cármen L. de	
Magallanes	
Martin Matilde A. de	
Milich Maria	
Montovio Beatriz L. de	
Ortega Romoalda G. de	
Pereyra Juana B. de	
Perez Clariza A.	
Rodriguez Albina	
Rodriguez Luisa	
Retamosi Pepa Parodi de	
Vasquez Gregoria Islas de	
Vilela Siria B. de	
Grigeras Anibal	(Lomas de Zamora)
Oro Elena S. de	(Barradero)
Centurione Peregrina	"
Arnoldy Pepa	"
Lopez Amalia	"
Ciattei Agueda	"
Sepulveda Angela G. de	"
Avalos José M.	(Diamante—R. O.)
Pestaña Goya	(Pergamino)
Sanchez Josefa	(Goya)
Garigoy Cruz	(Concep. del Uruguay)
Carosini N.	"
Bravo Eloisa	(Salto Argentino)
Gonzalez Trinidad	"
Sierra Pabla	"
Saenz Manuel	"
Gautret Marcelina	(Barracas)
Esteves Ramona M. de	"
Fages Juan	(Corrientes)
Godoy N.	"
Marin Luisa	(Arrecife)
Reyes Eloisa O. de	"